



La senda queda escondida y por eso no se ve el camino del pueblo.

18° El manto nocturno.

La noche congeló con cristales de estrellas la superficie de la tierra; y la luna se desdobló en mil y un reflejos. El sol que envió la noche a otros países y que apagó la triste candela de la luna, despertó vapores helados e iluminó resplandores de arco iris en los espejos de las lagunas y en los charcos encerrados debajo de sus capas incoloras.

Las casas del pueblo respiraban humo por los agujeros de sus chimeneas.

Las volutas subían y subían como si fueran los únicos murmullos oídos en la silenciosa mañana. Como gritos de olores ahumados para orientar y atraer a los gorriones y a las urracas...

Las llamadas de los gallos quedaron encerradas dentro de los gallineros. Los arbullones se taponaron contra los vientos y los hielos, abrigándose con mantos de ventisca.

La calle amanecía mirando a los balcones y ventanas como si fueran ojos, o como si las respiraciones que de ellas salieran, desentumecieran su eterno, su sempiterno estado.

Porque la calle nació tumbada. Creció estirada como eterna durmiente dentro del pueblo.

Cuan larga era permanecía, condenada a perdurar boca arriba, siempre echada en estado supino.

La llamada del día con su grito de claridad creció a medida que el sol subía.

La nieve se miró en el cielo y desleía lentamente su cuerpo sacrificado a una vida que no era suya, pero que de ella dependía.

La acequia recogía el agua nacida de la nieve y se rehundía lentamente dejando asomar, como insinuando sus redondeces, la primicia de un beso gordo en sus labios largos de amistad.

La senda todavía queda escondida y por eso no se ve el camino del pueblo.

A veces, me gusta adivinar la dirección de la senda o del camino que se oculta en el horizonte, sobre todo cuando quiere aparecer y se insinúa por debajo de la nieve, porque es como una esperanza de futuro.